

# Opinión pública

Por HEBERTO CASTILLO

**N**O hay nadie que niegue la difícil situación que vive la nación. Los llamados profetas del desastre, los apocalípticos, los adoradores de Tezcatlipoca, tenían razón, se dice ahora en el taller, en la plaza pública, en el café. Y la situación económica atosiga a los mexicanos más pobres, a los trabajadores, asalariados o no.

Que hay malestar popular, indignación, es evidente. No sólo en los más pobres. La clase media ha sentido el apretón de cinturón. Sólo los muy ricos no están que truenan.

En esas condiciones, con la carestía de la vida incontenible, con el mal transporte que obliga a viajar como sardinas enlatadas, con el pésimo servicio de limpia que hace de las calles un basurero inmenso, ante la falta de agua potable en muchas colonias, ante la exhibición que hacen las autoridades del país de la riqueza mal habida y que se muestra en residencias de lujo insultante, automóviles de importación, viajes a la provincia y al extranjero rodeados de cortes principescas, la población trabajadora de México se encoleriza y no halla medios para, al menos, hacer sentir su malestar y su rechazo a los malos gobernantes.

La gota que derramó el vaso fue anunciar el alza del precio de la tortilla y el pan, al ciento por ciento, y de las gasolinas, el gas, la energía eléctrica, el huevo y la leche —dizque sujetos a control

después de efectuadas las elecciones. El pueblo se supo engañado por el PRI que es sólo agencia de colocaciones de la clase dominante. Y muchos de los capitalinos tenían una válvula de escape a su malestar en el programa "Opinión Pública" de Francisco Huerta. Seis años llevaba ya transmitiéndose. Ahí opinaban mujeres y hombres del pueblo, de siete a diez de la mañana todos los días,

Huerta, de amplio criterio, respetuoso de las ideas de los demás, creó el programa para dejar que se expresaran todos. El moderaba y, claro, comentaba las opiniones que oía.

Ahí los radioescuchas dejaron de ser pasivos y se convirtieron

en informadores. La tribuna era libre, abierta. Y contra lo que algunos temían no se usaron unas palabras altisonantes, hubo razones, buenas y malas, superficiales y profundas. En "Opinión Pública" no había cortapisas, siempre disfrutamos quienes hicimos uso de esa tribuna de plena libertad. Por ello, estuvieron en el programa tanto disidentes como coincidentes con la política del Gobierno. Los diversos partidos pudieron hacerse oír. Y también los analistas de la situación económica política y social de México, de derecha, centro e izquierda.

Todo marchaba bien hasta que vino la afloración de la crisis, cuando la retórica oficial no bastó ya para convencer a nadie de que íbamos bien. Entonces el Gobierno comenzó a apretar tornillos contra la libertad de expresión. Y vino la condena presidencial de la revista "Proceso" y de algunos escritores y caricaturistas. Francisco Galindo Ochoa había sido llamado al Gobierno para reprimir periodistas. Y lo hacía, lo hace, de todos modos. Primero con llamadas telefónicas para atemorizar, después el retiro de publicidad de las empresas del Estado, y los consejos a "los amigos" de las empresas privadas para que no gasten en anuncios en las revistas que critican al Presidente. Y se dio, por su causa, una primera suspensión de "Opinión Pública" en junio.

El lunes 16 de agosto se canceló el programa. El medio empleado para hacerlo fue ahora un dirigente charro, Netzahualcóyotl de la Vega (lástima de nombre), a quien llaman el hijo del "Charro Negro" por ser formación del "Negro" Rafael Camacho Guzmán, ahora desgobernador de Querétaro, pero siempre dirigente sindical charro. Netza de la Vega, en ejercicio de sus "derechos sindicales" retiró el permiso provisional a Francisco Huerta para conducir el programa y asunto arreglado.

Nadie cree, sin embargo, que la acción provenga de Netza, o de su tutor, el "Charro Negro". Sabemos quién ordena en México cancelar un programa que permite la crítica abierta.